

# LA CIENCIA HISTORICA

## Y EL

## PANAMERICANISMO

## BOLIVARIANO

Hay circunstancias en la vida de cada cual que se contemplan con un gesto de superlativo goce y en cuya presencia se agitan todas las potencias del espíritu. El centelleo de júbilo ilumina cada recodo del ser y el ánimo se desborda generoso para recibir el evento propicio a nuestro itinerario personal.

Pues bien, señores: tal el estado anímico que estoy atravesando en la ocasión. La Sociedad Bolivariana de Colombia, cuya actividad y celo la ubican en lugar señero entre sus similares, ha tenido la benevolencia de incluirme entre sus miembros, y tal distinción, inmerecida por cierto si he de compulsar mis escasos méritos, compromete mi perenne gratitud, la que conlleva no poca responsabilidad, a cuyo servicio he de movilizar mis mejores energías. No será una redundancia insistir en la satisfacción que experimento y en los agradecimientos que suscita esta determinación en mi fuero interior.



Dr. BACON DUARTE PRADO

Que el estado de guerra sea un componente esencial del género humano, o tan solo una peripecia adventicia y transeúnte, configura un problema aún abierto a la especulación de filósofos y moralistas, así como hasta donde el "pólemos" ejerce su influjo determinante en la conducta del individuo frente a su circunstancia. Pero es el caso que la Historia con su testimonio irrecusable de rescatadora del pasado, se halla marcada con la impronta de la guerra, aun cuando en toda época y latitud, hombres hubo que la condenaron por bárbara y regresiva. Al verificar su pertinaz presencia en los

fastos históricos pareciera que un hado maléfico se complaciera en sembrar los gérmenes conflictivos que separan hombres y pueblos con la lucha cruenta y el odio estéril, hasta el punto en que la Historia podría definirse, desde ese punto de vista, como "la irregular pendulación entre la paz y la guerra".

Que uno de esos fenómenos sea ontológicamente positivo y el otro su mera negación, plantea un problema de rango metafísico y vinculado con el del optimismo y pesimismo radicales, cuyos máximos corifeos, respectivamente, han sido Leibnitz y Shopenhauer. Y por cruel sarcasmo, no han faltado en todos los tiempos los pangeristas de la guerra. Así Espinosa la consideraba como "el estado normal de las criaturas", el Conde de Maistre la saludaba como "la gran ley del mundo espiritual", y Proudhon la

señalaba como "la más sublime, la más incorruptible, la más solemne de las formas de la justicia".

Aunque el objeto propio de la Historia sea el hecho singular, irrepetible y único, nadie puede dudar seriamente de su condición de ciencia. La búsqueda de causas, la pretensión de comprender e interpretar el pasado y el imperativo de ceñir sus conclusiones a la verdad, la tornan en una verdadera ciencia. Como tal tiene su filosofía, que se endereza a descubrir las constantes del acaecer colectivo y las leyes más generales del desenvolvimiento humano.

En consecuencia: toda Historia debe ser veraz, sin duda alguna; esto es, reflejar con fidelidad el pretérito con sus personajes, aconteceres y circunstancias, exigencia que cumple a cabalidad la escuela que podríamos denominar del "realismo histórico", cuya esencia consiste en contemplar los hechos como han sido, y por ende, la única que en puridad coincide con el concepto riguroso de ciencia. Infortunadamente, no siempre los historiadores se han mostrado dóciles a esta norma exigencial. Muchas veces los intereses nacionales o partidaristas, el predominio de la imaginación creadora, la ausencia de rigor científico, o la necesidad de acomodar los hechos para defender determinadas doctrinas, hacen caer al historiador en deformaciones, *inexactitudes* y hasta en evidentes negaciones de la verdad. Otro tipo de historiador se acerca al pasado, no para comprobar cómo ha sido sino cómo debiera ser. Influidos por consideraciones idealistas y esquemas racionales, traza cuadros ideales con los cuales reemplaza la muda realidad.

Estas elucidaciones nos indican que la única historia verdadera es la realista; las demás son obra de imaginación y novela, maneras impropias de

---

#### DOCTOR

#### BACON DUARTE PRADO

Nacido en Asunción Paraguay. Adelantó estudios primarios, secundarios y universitarios en Asunción. Ha ocupado los siguientes cargos: Defensor General de Menores e Incapaces del Cuarto Departamento Judicial del Paraguay; Secretario de la Corte Suprema de Justicia; Juez de Primera Instancia; Secretario General de Educación; Director del Departamento de Enseñanza Secundaria del Ministerio de Educación; Catedrático y Director de numerosas Instituciones educativas.

Miembro de la Honorable Cámara de Representantes, Presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales de la misma, Presidente de la Asociación Paraguaya de Prensa y Director de varios periódicos y revistas. Ha representado a su país en numerosas conferencias internacionales. es actualmente miembro de la Academia Colombiana de Letras y Filosofía; Miembro de Número de la Academia Hispano-Americana de Letras y de la Academia de Estudios Históricos, Artísticos y Literarios "Radiar"; Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua y de la Academia Boracense de Historia.

abarcar el retrospecto humano. Es necesario, por lo mismo, desalojar el mito y la leyenda y reemplazarlos con la serena, objetiva y fehaciente captación del objeto histórico: el individuo y la colectividad.

---

Aplicado el realismo histórico en todo su rigor científico y moral a un conglomerado de pueblos cuyos vínculos culturales, étnicos e históricos determinan su unidad, como en el caso de Hispanoamérica, nos conduciría al siguiente punto de coincidencia: todos los acontecimientos en que participen dos o más de ellos, vistos desde la vertiente de cada uno, deberán ostentar la misma faz objetiva. Un mismo hecho, ineluctablemente irreversible, debe originar necesariamente una misma versión tanto en su aspecto narrativo como en el interpretativo, puesto que la verdadera Historia consiste precisamente en eso: reflejar la verdad y los sentidos a ella adscritos, actualizando los hechos tales como se han producido. Y el conjunto de la Historia de estos pueblos, considerados los aspectos parciales que corresponden a cada comunidad, debe resultar transparente, sin contradicciones ni lagunas. Quiere esto decir que las Historias de cada país deben funcionar como otras tantas piezas de un tablero ideal en que hallan su coherente ubicación, en los mismos términos en que, uniendo sus respectivos mapas se obtiene el mapa global del continente, sin interpretaciones ni superposiciones arbitrarias.

Espigando la bibliografía hispanoamericana no hallaremos ciertamente tal estado de cosas, salvo excepciones que no hacen más que confirmar la regla. Sensiblemente difieren las versiones que de un mismo hecho nos ofrecen historiadores de diversa nacionalidad apelando a las mismas fuentes. El amor propio nacional juega en es-

ta anomalía científica un papel preponderante y decisivo. Al referirse a un diferendo de límites, a una contienda bélica, a un cotejo de valores culturales y a otros hechos similares, cada historiador brinda una versión diferente, con la misma pretensión de veracidad.

Sobre todo en lo que respecta a la estimación de las acciones militares protagonizadas por dos o más naciones es donde esta disparidad de perspectiva se hace evidente, hasta causar el lógico desconcierto en quienes, desde un punto de vista imparcial y objetivo, pretenden informarse y asentar juicio. El ardimiento patriótico justificado desde luego— a menudo conduce al historiador hasta extremos en que la verdad se esfuma envuelta en el mito y la leyenda, no importa si para ello se vea forzado a ocultar hechos y circunstancias, o a violentar la interpretación de los acontecimientos hasta acordarlos a sus prejuicios.

La primera consecuencia de tal procedimiento pseudo-científico es que se fomenta el orgullo nacional sobre bases detestables que caen tan pronto se confronte tales historiografías internas con pruebas y testimonios insospechables. La segunda es que se van formando las sucesivas generaciones con el lastre de una conciencia histórica viciada de falsedad; y por último, que a veces esas fuentes de información conducen a perpetuar rencores y agitar sueños de desquite en el alma de los pueblos. En cuanto a la actividad intrínseca de los historiadores que así proceden, tal conducta constituye un atentado a la verdadera ciencia.

Por otro lado, importa tener presente que todos estos pueblos, según lo proclaman testimonios y documentos, han dado pruebas de heroísmo, sacrificios y esforzada dignidad en el decurso de los tiempos. Todos han luchado con sostenida voluntad de afirma-

ción por su soberanía, decoro y los valores trascendentes que vigorizan su entidad espiritual y material. De modo que, sin apelar a la deformación u ocultamiento fraudulento de los hechos reales, cada uno tiene en su propio acerbo, legítimos motivos en qué asentar el orgullo nacional.

El propio nacionalismo, derecho que todo pueblo posee a su autovalorización y factor ponderable de su desenvolvimiento en todas las esferas de su presencia histórica, sólo se hace legítimo en tanto dicha actitud colectiva esté afirmada en datos y elementos de juicio fidedignos, y no en la bachillería de demagogos y profetas.

Simón Bolívar, cuya espada flamígera forjó un mundo libre, consecuente con esta portentosa hazaña, soñó con que nuestros pueblos, ganados para la independencia y la autoconformación de sus destinos, se unieran en la común aventura de realizarse en la plenitud de su imperio vital. El Congreso de Panamá es el paso más visible que adelantó en ese sentido, aunque toda su obra se halla impregnada de ese másculo ideal.

Y no podía ser de otro modo. Bolívar —creador de naciones— amaba su obra con pasión de iluminado, y veía en América una unidad articulada en un complejo cultural, jurídico e histórico, lo cual respondía a su profunda intuición histórica y a su experiencia de conductor político. Ese ideal ciertamente no fue una utopía, sino que se proyectó en el tiempo como una categoría histórica, jurídica, económica y social que viene funcionando desde el clarear de nuestro destino de hispanoamericanos. El sistema interamericano es la floración de esa siembra bolivariana, aún con las imperfecciones de hecho y de derecho de que adolece; no viene a ser otra cosa que el cumplimiento de un postulado de la lógica histórica y de condiciones socio-cultu-

rales vigentes desde antiguo. Inicialmente fue una construcción meramente jurídica que, con el correr del tiempo y la incidencia de presupuestos económicos, sociales y de mutuo interés, fue adquiriendo la estructura que ostenta hoy, con la amplitud de todos conocida, pero que todavía debe avanzar hacia planos cada vez más efectivos.

Una necesidad que gravita como resabio que se descubre en las relaciones entre estos pueblos es la que ya enunciaremos someramente: la relativa a la unificación de sus sistemas historiográficos, sobre el común denominador de la verdad y el respeto recíproco por las figuras y acontecimientos egregios que se eslabonan en el proceso de formación, integración y desarrollo de cada uno de ellos.

Signo de este hecho que trato de patentizar es que Conferencias Internacionales de Historia, han recogido en su agenda e institucionalizado el principio de que cada nación debe revisar su Historia para conformarla a las normas de la veracidad testimonial y al respeto que se merecen sus hermanas del continente. Una forma —que creemos efectiva y noble— de obtener el robustecimiento de las relaciones interamericanas, por encima de falsos nacionalismos y con un sentido de solidaridad que se halla inscrito en la razón de ser de cada comunidad como miembro de una unidad superior, histórica y culturalmente integrada.

Hemos hecho referencia al hecho de la guerra para relieves la importancia de la paz entre estos pueblos jóvenes y pujantes. No una paz de compromiso, estática, de sentido meramente jurídico, sino una paz dinámica, creadora, asentada más en el espíritu de las leyes internacionales, y en una vocación de solidaridad que nos debemos unos a otros y que en definitiva será el envío que nos lance hacia el progreso

y bienestar comunes. No más guerras para nosotros. Confiamos en la eficacia de los instrumentos jurídicos que la han abolido teóricamente del sistema interamericano, como una manera práctica de demostrar que hemos madurado culturalmente y que constituimos en verdad el crisol de la "raza cósmica", como apuntaba el sueño premonitorio de José Vasconcelos.

Mantengamos, eso sí, el espíritu de guerra para luchar contra los verdaderos enemigos de nuestro sistema regional, que son el subdesarrollo socio económico y cultural, la insidiosa penetración de ideologías exóticas, extra-

ñas a nuestra concepción del mundo y de la vida, la falta de amplitud de criterio para confrontar los diversos problemas que en aviesa concatenación nos salen al paso, unificando puntos de vista alrededor de los más altos valores del espíritu.

De esta suerte el panamericanismo bolivariano —sueño inmarcesible de un hombre que columbró futuros— irá incorporándose a la realidad, y será el testimonio más cabal de gratitud y reconocimiento por la obra de quien creó naciones libres en la epopeya del sacrificio y del supremo idealismo.

*HERMEGA* 

**EL VESTIDO COLOMBIANO  
PARA EL HOMBRE  
COLOMBIANO.**

*Adquiéralo de contado,  
a crédito o por Clubes.*